

# La razón europea

LLÄTZER MOIX - LA VANGUARDIA - 30/01/2005

El próximo 20 de febrero los ciudadanos de este país estamos llamados a votar en referéndum el tratado por el que se establece una Constitución común para Europa. De modo que ese día, si los cielos no lo impiden, acudiré al colegio electoral, buscaré mi nombre en varios listados -suele aparecer en el último-, me acercaré a la mesa correspondiente y depositaré mi voto (que será afirmativo) en la urna.

Las razones para la construcción de una Europa unificada son variadas. En 1959, en un raptó de *grandeur* continental, Charles de Gaulle dijo que "una Europa que vaya del Atlántico a los Urales decidirá el destino del mundo". En esta soflama del general francés hallamos un motivo de tipo hegemónico para la unificación, que sin duda tendría sus ventajas -dar un merecido descanso a los Estados Unidos de Bush al frente del consejo de administración global-, pero que no se cuenta entre mis predilectos. La autoridad la ostentan los fuertes, pero sólo pertenece a quienes son sabios y justos.

Años después, Helmut Kohl defendió la unión argumentando que "la integración europea es una cuestión de guerra o paz en el siglo XXI". Había corrido mucha sangre bajo los puentes yugoslavos, y se comprendió que el canciller alemán apelara a la unión como antídoto contra las trifulcas étnicas o religiosas. Por desgracia, todo eso aún se comprende hoy. La incapacidad para el diálogo y la práctica del odio programado siguen emponzoñando Europa. Y no hace falta viajar hasta los Balcanes para comprobarlo: basta con sintonizar la escasamente caritativa radio confesional. Hay, por tanto, motivos relacionados con la prevención de daños superiores que hacen deseable una mayor integración europea; pero, con ser de peso, no puede decirse que sean los motivos más estimulantes. La unión europea no debería brotar de una precaución, sino de un convencimiento colectivo: ése es su sentido último.

Las raíces de dicho convencimiento podríamos buscarlas en lo que ya es común en la tradición europea: su legado cultural, extraordinario y, al tiempo,

amenazado. Hace más de medio siglo, antes de que De Gaulle se soñara Napoleón redivivo, mucho antes de que Kohl le viera las orejas al lobo, Konrad Adenauer advirtió que "ningún país europeo, sin unión, está en condiciones de salvaguardar la cultura europea". En este aviso de Adenauer, que fue longevo antecesor de Kohl, reside, a mi modo de ver, un argumento definitivo para votar sí en el próximo referéndum. Europa, sin su legado cultural, carecería de autoridad y de sentido, de futuro. Quizá por ello en las primeras líneas del preámbulo de la propuesta Constitución se alude ya a "la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa" como base para el desarrollo de "los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona humana, la democracia, la igualdad, la libertad y el Estado de derecho".

Todos estos valores son bien conocidos en Europa, incluso por quienes padecen patologías tribales o posmodernas. Acaso no lo sea tanto el legado que los origina. Por ello acabo recomendándoles la lectura de un volumen de mínima extensión -47 páginas, introducción y notas incluidas-, titulado *La idea d'Europa* y firmado por George Steiner, con el que acaba de estrenarse la editorial Arcàdia. En él hallarán un emotivo, a veces desesperanzado, pero siempre convencido canto a la auténtica calidad de vida humana, que es intelectual y espiritual -antes que material-, y que forjó su complejidad en Europa.